FUNDACIÓN GREGORIO PRIETO
MADRID

Muy querido y admirado amigo: Aquí tienes mi poema, un mucho largo, pero no he podido por menos de hacerlo así. No estoy muy satisfecho, suelo siempre dejar reposar a los poemas después de que los hago algo de tiempo, para poderlos ver con más objetividad.

Espero que veas en él, al menos, algo positivo literaria y emotivamente.

Muchas gracias por todo: por tu preciado entusiasmo, por tu amabilidad... -

Reciba un saludo muy
afectuoso de,

Eduardo Arroyo.

Madrid 23-III-1974.

P E R E G R I N A J E

En un lugar de la Mancha...

Al gran pintor Gregorio Prieto, que con su mirada creadora dió también admirables nacimientos a la tierra manchega.

Desde Toledo a Córdoba, a Sevilla.
Fué aquel itinerario
de su misión, Camino Real en medio.
La Mancha. ¿Habrá cambiado?

Viejos caminos, peñascal, un grupo
de encinares atónitos.
Tierras y firmamentos repetidos.
Algunos robles recios
retorcidos de sed, fuerza y aguante.
Lejanías, manchas verdes que confortan
y horizontes impávidos.
Mares inmensos, mares desecados
hace un tiempo infinito.
Desplomada una piedra duerme el sueño más grávido.
Un hombre avanza, sella caminos con sus pasos
de humana indecisión.
A veces se le olvida su meta, sigue, sigue,
se adentra en sus paisajes interiores
— se despliega su alma sobre el llano.
Realidades naciéndole

entre profundas luces plateadas,
atmósfera del fondo de su ser emanándose,
van cubriendo la tierra,
sorprenden al tomillo polvoriento
en su estricto existir.
Y por varios instantes el viajero
se sonríe trastocando los caminos,
haciendo copular a los dos planos:
realidades internas y exteriores
socavándose hambrientas.
Se sonríe porque ¿dónde, dónde está?
Nubes de tolvaneras le despiertan
—míseras nebulosas infrarreales
que le irritan los ojos.
Y se desvela entonces hacia fuera.
Y se desvela, entonces su mirada
abarca el universo.
Hasta la brizna ínfima de yerba.
El hilo de un insecto. Ve una sombra
sospechosa y tangible, balbucea
dentro de un hueco tronco;
se acerca, y con sus dedos
le tira - humor y audacia -
de la lengua a aquel diablo muy sutilmente.Y sigue
continuando su peregrinaje.
De repente se acuerda,
ve el amarillo muro de un convento,
llama a la puerta, llama hasta tres veces.
Y sus labios sonríen casi nostálgicos,

pero hay un brillo heroico todavía
en su alegre mirada;
y un temblor en su mano eterna inmóvil.
Y llama, llama, llama y pide trigo
para Su Majestad el Gran Felipe.
Mira un caballo escuálido que cruza
sobre el azar de aquel momento, inquieta
— una estela de polvo se desfleca en el viento.
Y pide, pide grano, viene un lego,
muestra un saco mediado.
Hace una reverencia, luego marcha;
y así prosigue su peregrinaje.
por el mar de secano y la amargura.
¡Ah, si no hubiese sido por su hermosa
curiosidá invencible chispeadora!
Avanza más, avanza.
Hay un desasosiego de heroísmo,
sobrenada en su sangre como un náufrago.
Y la triste sonrisa, media sólo,
de la necesidad. Y su pobreza
ya es como un gran espejo, trascendida.
Sobre aquellos espacios:
todo en caricatura pasa, pasa
barajándose al viento, mas benévolamente.
Y sigue el hombre, y sigue, va llamando
ahora a otras puertas, pide cereales
para Su Majestad, la Gran Armada
del gran honor fatalista y fanático.
Mira el llano. Sus pasos indecisos.

Y de pronto se para, se decide
y vuelve a sus caminos interiores.
Se adentra con más fuerza,
con la audacia más honda. Ya en el límite
toda su integridad.
Da el salto, se trasciende,
se desnace, se nace.
Todas las ramas chascan de sorpresa.
Aparece un jinete, el anacrónico,
en la soledad última anhelante,
sobre un caballo inmenso gris y escuálido.
Y se crea la locura más insólita:
la utopía en el delirio
solemnemente dignificador.
Y Miguel ya no llama a esa posada.
Hay otro caballero amargamente
ridículo que llama al horizonte
telúrico, que llama.
Su caballo ya cubre todo el campo.
Embiste al horizonte, le penetra,
se adentra, rompe el límite intocable.
Se adentra y con su lanza trasnochada
mata al mezquino tiempo de sus días
- su cargo inoperante, inadecuado -
creando el tiempo total,
que se alza intacto de entre las cenizas
y espera sobrehumana redención.
La condición del hombre a su infinito.
Jinete cabalgando planicies del planeta.

Espectro de mi raza.
Espectro, media cara de mi raza,
eterna divagando,
eterna, eternamente cabalgando,
y un alma grande al fondo, muy al fondo,
un tanto desasida de los cauces.
Y allá, vedlos crujir en luces ocres,
son los glotones pícaros,
el otro medio rostro de esta estirpe.
Se comen los instantes españoles,
burdamente alicortos y agresivos si tercia.
Y maliciosos miran, guiñándose los ojos,
ascender no ascendiendo a Clavileño.

Ah, el ensueño más fértil! Quién pudiera
descender lentamente hasta la cueva
de Montesinos: luz atemporal,
que nos encaje en nuestro ser platónico;
y la necesidad sea una pirueta,
la payasa sublime -¡qué atroz salto!-
que haga llorar tan solo a las estrellas
con lágrimas más reales que el rocío.
Descender a la cueva suavemente
y allí tomar un vaso de espectral niebla lúcida
con Miguel de Cervantes, el bendito por siempre
de esta España querida, abrumadora,
que supo darle el ocio de una cárcel.

Elena ANDRÉS